



D. VICENTE GONZÁLEZ BARBERÁN (1930 - 2023)

Foto: Antonio Jaenada Jaenada.

VICENTE GONZÁLEZ BARBERÁN, *IN MEMORIAM*

José Manuel Rodríguez Domingo

Universidad de Granada

Sería injusto definir a Vicente González Barberán sólo como el artífice de la paz de Huéscar con Dinamarca tras 172 años de conflicto inexistente. Aunque detrás de esta humorada no sólo se revela un ingenio, vivo y a veces irónico, sino también el dominio del conocimiento procedimental. Ese que se adquiere gradualmente a través de la práctica y está relacionado con el aprendizaje de las destrezas. Y es que Vicente firmó muchos “tratados de paz” a lo largo de su carrera profesional sin ser diplomático. Acuerdos con los que consiguió erradicar poblados chabolistas en la Sevilla de 1960, o hacer posible la apertura del Polo de Desarrollo que debía estimular el raquíutico sector industrial granadino en la década de 1970.

Nacido en Murcia, donde había sido trasladado su padre, ingeniero de la Confederación Hidrográfica del Segura, siempre se sintió oscense. Un arraigo heredado por vía materna y que empieza a asentarse con los estudios primarios cursados en la Escuela Nacional de Huéscar. Aunque el examen de ingreso lo realizó en el Instituto Padre Suárez de Granada, cursó el Bachillerato con los PP. jesuitas de Sevilla, siendo premio extraordinario de Examen de Estado en la Universidad hispalense. Licenciado en Filosofía y Letras (rama de Filosofía Pura), realizaría el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad de Würzburg (Alemania). Diplomado en Estudios Americanos por la Universidad Hispanoamericana de La Rábida (Huelva), fue profesor de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, y en la Escuela de Formación del Profesorado, de Sevilla.

Compaginó estas tareas docentes con la organización y jefatura de prensa de la Presidencia del Gobierno a partir de 1957. Después asumió diferentes cargos de corte político en la Administración Pública del Estado, profundamente reformada por Laureano López Rodó, en el momento en que este ocupaba el puesto de ministro comisario del Plan de Desarrollo. Nombrado gerente del Polo de Desarrollo de Granada, González Barberán llegó a Granada en 1969 con el propósito de implantar un modelo de progreso industrial para la provincia. Su carácter humanista y la preocupación por la protección del patrimonio histórico-artístico granadino le aproximaron entonces a José Manuel Pita Andrade, catedrático de Historia del Arte y consejero provincial de Bellas Artes, a quien sucedió en este puesto a comienzos de 1972.

Durante los doce años siguientes, González Barberán configuró una sobria unidad de gestión, pero de gran eficacia, para la que contó con colaboradores de confianza que redactaban informes histórico-artísticos, levantaban planos, tomaban fotografías e inspeccionaban a pie de calle las posibles amenazas a la conservación. Dedicado en cuerpo y alma a atender las necesidades del maltrato patrimonio provincial logró proteger una insólita cantidad de inmuebles y

yacimientos arqueológicos mediante su declaración como monumentos histórico-artísticos, empezando por su querida iglesia de Santa María de Huéscar, a la que gustaba referirse como “la catedral de La Sagra”. Una acción especialmente significativa dado que desde la Segunda República, Granada no había logrado este grado de protección singular para sus notorios edificios. Y aún más debiendo afrontar las presiones de políticos, empresarios y grandes corporaciones en la década del descontrolado desarrollismo urbano y la especulación inmobiliaria.

Para ello incorporó la visión global del edificio histórico que propugnaban las cartas europeas de Patrimonio, atendiendo a la importancia del entorno. Como resultado se alcanzaron las delimitaciones de los conjuntos históricos de Alhama (1975), Guadix (1976), Almuñécar (1976), Ízbor (1982), Bubián (1982), Capileira (1982), Pampaneira (1982), Montefrío (1982), frente al frustrado intento de planificación de Granada capital. Al mismo tiempo, desde la Consejería Provincial a su cargo se gestionaron actuaciones de restauración de monumentos con cargo a los fondos de la Dirección General de Bellas Artes, Ministerios de la Vivienda y Obras Públicas, Secretaría de Estado de Turismo, Diputación de Granada, Obispado de Guadix y Ayuntamientos. Proponiéndose la utilidad socio-cultural, representativa o turística a estos monumentos.

La planificación de las iniciativas y la reacción, ágil y firme, ante las amenazas dio como resultado la formación de setenta expedientes de declaración monumental en las comarcas de Baza, Guadix y Huéscar, con la incoación de treinta y cuatro monumentos –veintidós histórico-artísticos y doce arqueológicos–, muchos de los cuales han sido finalmente declarados como bienes de interés cultural en los últimos cuarenta años. Liberó los baños árabes de Baza, tras un arduo proceso expropiatorio; logró recuperar la alcazaba de Orce, y rescatar las techumbres mudéjares del palacio de los Enríquez, de la iglesia de Santo Domingo de Huéscar o de la parroquia de Gobernador. Gustaba de recordar cómo consiguió salvar el puente del Hacho en el último momento, cuando el chatarrero que lo había adquirido estaba a punto de prender las mechas para su voladura. Con igual determinación no ocultaba los problemas que le acarrearón su oposición a la urbanización de las huertas delanteras de la catedral de Guadix, y al ahogamiento de la puerta de San Torcuato entre bloques de seis plantas. Sentó las bases de la protección del centro histórico de Guadix, aun con la oposición de responsables municipales, partidos políticos y poderosos empresarios. No pudo impedir, sin embargo, el derribo de la Casa Grande de Benalúa, ni la declaración de Dólar y Jeres del Marquesado como conjuntos histórico-artísticos, cuando su paisaje tradicional empezaba a evidenciar graves transformaciones.

Con la creación del Ministerio de Cultura fue delegado provincial en Granada, bajo el gobierno de UCD. Como consejero provincial de Bellas Artes, Vicente González Barberán se preocupó de detectar el patrimonio en peligro poniendo todo su interés en la preservación a toda costa, recibiendo por su compromiso y entrega el reconocimiento de los Ayuntamientos de Baza, Huéscar, Orce, Galera, Castril y Caniles, entre los que sobresalen varios títulos de Hijo Adoptivo y Medallas de la Ciudad. “Ya sabes que tengo por todos ‘nuestros’ pueblos verdadera pasión, y que si no hago más es porque no puedo”, dijo en cierta ocasión a Jesús Fernández Fernández, alcalde de Galera. Entre las distinciones más notables

que recibió sobresalen la Encomienda de la Orden del Mérito Civil, la Encomienda de la Orden de Gokha Dakshina Bahu, del reino de Nepal, y la Cruz de Caballero de la Orden Real de Danebrog, de Dinamarca.

El cambio del modelo de gestión pública, con motivo de la transferencia de competencias a la comunidad autónoma andaluza, le relevó de toda responsabilidad oficial para centrarse en proyectos de auténtica filantropía. La refundación del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, la organización de archivos particulares, como el de los Marqueses de Salvatierra o el Orleans-Borbón, de cuya Fundación fue secretario, y el diseño de emblemas heráldicos para Ayuntamientos, concentraron la mayor parte de su tiempo. El resto lo compartía con sus amigos y con quienes nos acercábamos hasta él para pedirle información o asesoramiento sobre algún tema de investigación. En todo momento nos regalaba su consejo, envolviendo esa atención en una placentera conversación erudita y perspicaz, salpicada de anécdotas siempre curiosas y sagaces.

Miembro numerario del Centro de Estudios Pedro Suárez de cuyas actividades era leal cooperante, recibió el Premio Pedro Suárez en 1998 como reconocimiento a su profundo compromiso con la conservación patrimonial. La caridad cristiana fue a no dudar su principal virtud. Granada, principalmente las comarcas del norte, sentimentalmente Huéscar, fueron siempre su pasión. Al Archivo Histórico Provincial entregó su archivo, al Archivo Municipal oscense su biblioteca, sus bienes materiales más preciados. Con su muerte desaparece una generación de eruditos ilustrados convencidos del papel de la cultura en el perfeccionamiento del individuo, para quienes la conservación de los valores presentes en nuestro legado histórico-artístico siempre representarán una garantía para el desarrollo social y económico de los pueblos.